

foro Gregoras, en el libro VIII, refiere, que en su tiempo salieron de Egipto á varias partes cuarenta volatines, de los cuales, poco más de veinte arribaron á Constantino-
pla, donde hicieron sus habilidades, más prodigiosas que las que hacen los volatines de estos tiempos, sacando de la gente gran suma de dinero. En lo que se deja entender, que esta arte era doméstica en Egipto y peregrina en las demas regiones.

§ XVII.

Arte prestigiatoria.—La arte prestigiatoria ya en siglos muy remotos estuvo válida, de modo, que habia profesores que la tenían por oficio; pues Ateneo, en el libro primero, nombra tres antiquísimos, famosos en este arte, Jenofonte, Cratistenes y Ninfodoro. Y en el libro XII, tratando de los festines que hubo en las bodas de Alejandro, refiere que tuvieron parte en ellos, ejerciendo su ilusoria sutileza, tres prestigiadores peritísimos, Scimno, natural de Táranto; Filistides, de Siracusa, y Heráclito, de Mitilene. El mismo Ateneo, en el libro IV, dice, que en las bodas de Carano, antiquísimo rey de Macedonia, sirvieron al regocijo de los convidados unas mujeres que brincaban sobre las puntas de las espadas y arrojaban fuego por la boca: *Quædam mulieres mira facientes, in enses præcipites saltantes, ignemque ex ore nudæ profundentes, accesserunt.* Carano precedió á Alejandro Magno algunos siglos. ¿Quién dijera que aquellas mismas destrezas con que hoy emboban á la gente nuestros jugadores de manos en las córtes mas cultas, ya en tiempo de Alejandro Magno eran ve-
jezes?

De el juego de los gubiletos y pelotillas hace expresa memoria Séneca, en la epístola XLIII. De los que con nervios, ó sutiles cuerdecillas, ocultamente manejadas, hacian mover unas pequeñas estatuas, á quienes nosotros llamamos titireteros, y los griegos daban el nombre de neurospastos (esto es, tiradores de nervios), hablan Aristóteles, Jenofonte y Horacio. He leído tambien, que aquellos puñales de que se usaba en las antiguas tragedias para representar la accion de herir ó matar estaban formados con el mismo artificio que aquellas leznas de que hoy se usa en los juegos de manos, esto es, era hueca la empuñadura, y al ejecutar el golpe, el acero retrocedia á su concavidad, con lo cual figuraba que se introducía por el cuerpo del que se fingía herir.

Demas de estas ilusiones que practicaban los antiguos jugadores de manos, y se imitan frecuentemente en estos tiempos, dan noticia algunos escritores de otras más difíciles ó mas artificiosas, que no se ejecutan ahora, ó por lo ménos no ha llegado á mi noticia. Jenofonte habla de los que se entraban en una rueda, y haciéndola girar por el suelo, al mismo tiempo escribian y leian. Plutarco dice, que habia prestigiadores, los cuales se tragaban espadas desnudas; y Apuleyo, como testigo de vista, refiere, que en Atenas uno, por bien poco precio, se tragó una espada ecuestre y despues un venablo. Quintiliano da noticia de otros, que con sólo el imperio de la voz hacian mover las cosas inanimadas hácia el lugar que querían: *Quo constant*

miracula illa in scenis pilariorum, ut ea quæ emisserint, ultro venire in manus credas, et qua juvenitur decurrere. (Libro X, capitulo VII.) Llamábanse *pilarios*, con denominacion tomada de la voz *pila*, que significa pelota, porque hacian sus juegos de manos con pelotillas, como los de ahora.

Debe advertirse, que entónces de parte de la gente que asistía al espectáculo sucedía lo mismo que en nuestro siglo. Los más advertidos sabian que todo aquello era ilusion y artificio, con que se representaba ser lo que no era; pero el vulgacho, rudo por la mayor parte, creía que realmente se arrojaban llamas del pecho, se tragaban las espadas, se movian al imperio de la voz las cosas insensibles, etc.

§ XVIII.

Imprenta.—Ya dijimos en otra parte, siguiendo á muchos autores, informados por relaciones seguras, que el arte de la imprenta es mucho más antigua en la China que en Europa. Algunos, fundados en probables conjeturas, discurren que de allá se comunicó á los europeos este arte. Lo cierto es, que el modo con que á los principios se practicó en Europa era el mismo que se usa en la China. Los primeros impresores europeos no usaban de letras movibles, ó separadas, sino de planchas de madera grabadas, las cuales se multiplicaban, segun el número de las páginas del libro que se queria imprimir. Éste es el modo de imprimir en la China, y les es imposible usar del que hoy tenemos nosotros, por la innumerable multitud de sus caractéres, de los cuales, cada uno equivale á una dición, y á veces á una frase entera.

En órden á la antigüedad que tiene en Europa la imprenta, hay bien poca discrepancia entre los historiadores, pues ninguno pone su descubrimiento más allá del año de 1420, ni más acá del de 1450; pero hay mucha sobre la persona del autor. La opinion más comun está por Juan de Guttemberg, vecino de Strasburg, el cual, habiendo gastado todo su caudal en los primeros ensayos, pasó á Moguncia, donde confió el secreto á Juan Fausto, vecino de esta ciudad, y los dos, de acuerdo, prosiguieron el empeño; pero, como necesitasen de operarios que los ayudasen, introdujeron algunos, tomándoles primero juramento de guardar inviolablemente el secreto. La ejecucion de Guttemberg y Juan Fausto se ciñó á imprimir con planchas de madera grabadas. Poco despues Pedro Schoeffer, yerno de Juan Fausto, inventó los caractéres separados. Esta relacion tiene el grande apoyo de nuestro abad Juan Trithemio, el cual dice fué informado á boca por el mismo Pedro Schoeffer; con lo cual se hace improbable la opinion de los que, invirtiendo la narrativa que hemos hecho, atribuyen la invencion á Juan Fausto, pretendiendo que éste, por falta de medios, se valió para la ejecucion de Guttemberg. Si fuese así, no le quitaría Pedro Schoeffer á su suegro esta gloria por transferirla á otro.

No faltan quienes introduzcan por inventor á Juan Mentel, vecino de Strasburg, diciendo que un criado suyo, llamado Juan Gausfleisch, cometió la torpe infi-

delidad de descubrir el nuevo arte á Juan de Guttemberg.

En fin, los holandeses quieren para sí por entero todo el aplauso que merece esta invencion; porque dicen que Lorenzo Coster, vecino de Harlem, no sólo discurió los primeros rudimentos del arte, mas la condujo á su perfeccion, usando al principio de caractéres de madera, despues de plomo y estaño; finalmente, que acertó con la composicion de la tinta de que usan los impresores. Añaden, que Juan Fausto, que vivía en su casa, le hurtó los caractéres una noche de Navidad, y huyendo á Moguncia, se aprovechó felizmente del robo. Persuadido el senado de Harlem de la verdad de estos hechos, hizo grabar sobre la puerta de Coster los versos siguientes para eternizar su memoria, insultando al mismo tiempo la ciudad de Moguncia, como inicua usurpadora de una gloria que no le pertenece:

*Vana quid archetipos, et præla, Moguncia, factas:
Harlemi archetipos, prælaque nata scias:
Extulit hic, monstrante Deo, Laurentius artem:
Dissimulare virum, dissimulare Deum est.*

Pero el más glorioso monumento de la gloria atribuida á Coster es un libro impreso, segun dicen, por él, ántes que en Moguncia ni en otra parte se imprimiese nada, con el título *Speculum humanæ salutis*, el cual se guarda en la casa de la Villa, en un cofre de plata, con tan religioso cuidado, que rarísima vez se logra el verle, porque no puede abrirse el cofre sin la concurrencia de muchas llaves, repartidas entre varios magistrados.

§ XIX.

Pólvora y artillería.—De la pólvora y artillería dicen tambien muchos, que son muy antiguas en la China. La opinion comun es, que un religioso franciscano, aleman, llamado Bertoldo Schuvart, natural de Friburgo, gran quimista, inventó la pólvora cerca del año de 1378. Añádese, que en parte no fué intentado, sino casual, el hallazgo. Estando moliendo un poco de salitre para no sé qué efecto, prendió en él el fuego, y viendo la pronta inflamacion con que todo se alampó en un momento, meditando sobre el impensado fenómeno, poco á poco fué adelantando hasta descubrir la construccion de este violentísimo mixto artificial, que llamamos pólvora.

Pero áun prescindiendo de la antigüedad de esta invencion en la China, y de si por algun ignorado conducto se comunicó de aquella region á Europa, hay bastantes testimonios de que su uso es anterior al tiempo en que se señala por autor suyo al religioso aleman. En el *Diccionario universal* de Trevoux son citados dos autores españoles, Pedro Mejía y don Pedro, obispo de Leon, de los cuales el primero dice, que el año de 1343, los moros, en un sitio puesto por el rey don Alonso XI, disparaban unos morteros de hierro, que hacian estrépito semejante al del trueno; y el segundo cuenta, que los moros de Túnez, en una batalla naval que tuvieron con los nuestros, mucho tiempo ántes, jugaban ciertos toneles de hierro, que tronaban terriblemente. Ésta era sin duda una especie de artillería. En el mismo diccionario es citado tambien el sabio monsieur Du

Cange, el cual testifica, que por los registros de la cámara de cuentas de Paris consta, que ya por los años de 1338 estaba introducido en Francia el uso de la artillería. Esta noticia se fortifica mucho con la que el diccionario añade poco despues, de que Larrei, en su *Historia de Inglaterra*, dice, que algunos autores refieren, que los franceses se sirvieron de piezas de artillería en el sitio de Puy-Guillaume, en Auvergne, el mismo año de 1338.

La deposicion de estos autores, especialmente los dos últimos, cuya noticia es más clara y decisiva sobre el asunto, prueba eficazmente que es incierta la opinion comun de haber sido inventor de la pólvora el franciscano aleman. Prueba asimismo ser incierto lo que se halla escrito en muchos autores, que la primera vez que se usó la artillería en Europa fué en la guerra que tuvieron los venecianos con los genoveses el año 1380, valiéndose de ella los primeros contra los segundos. Si se da asenso á lo que dice el segundo autor español citado arriba, lo que se debè inferir es, que el uso de la pólvora se comunicó de Africa á Europa. Como quiera, sale que esta invencion es más antigua de lo que vulgarmente se juzga. Acaso el religioso aleman la perfeccionó y adelantó, y de aquí vino el error de que la inventó.

§ XX.

Papel.—Desde que se inventaron las letras anduvieron los hombres solícitos buscando materia cómoda en que imprimirlas. Al principio las grabaron en leños, piedras y ladrillos. Este uso, segun el testimonio de Josefo, es anterior al diluvio; pues dice que los hijos de Set, noticiosos por revelacion hecha á Adán, y manifestada á ellos, de que habia de haber dos estragos universales, uno de agua, otro de fuego, en beneficio de la posteridad, escribieron todas las ciencias que con larga contemplacion de la naturaleza habian alcanzado, en dos columnas, la una de ladrillo, la otra de piedra; aquella para que las preservase del fuego, ésta de la agua. Sucedió despues escribir en cara extendida sobre delicadas tablillas. Hallóse luego más comodidad en usar de hojas de árboles, especialmente de palma. Sucedió á esto el emplear las cortezas intimas de ellos, y habiéndose hallado que la mejor de todas para este uso era la de una planta llamada *papiro* (de donde tomó su nombre el papel), que se cria en Egipto, todas las naciones cultas dieron en aprovecharse de ellas; pero, como los reyes de Egipto llevasen mal la emulacion de los de Pergamo en juntar una grandísima biblioteca, cuya gloria querian para sí solos, con severos edictos prohibieron la extraccion de aquella corteza fuera del reino, porque no tuviesen donde copiar los escritos que pudiesen lograr prestados, ó renovar los poseidos. Esta necesidad dió ocasion á los de Pergamo para discurrir el uso de pieles de animales para la escritura, y del nombre de la nacion se denominaron pergaminos las pieles que servian para este efecto. En fin, se inventó el papel que hoy usamos, artificio maravilloso, que apenas cede á otro alguno, ni en el ingenio, ni en la utilidad. Comunmente sientan los autores, que se ignora el tiempo de su origen. Juan Rai, que debió de hallar al-

gunas memorias particulares sobre el asunto, le señala en su *Historia de plantas*, libro xxii, cerca del año 1470, añadiendo que en aquel tiempo dos franceses, llamados Miguel y Antonio, pasando á Alemania, llevaron consigo esta preciosa arte, ignorada ántes en aquella region. En efecto, la sentencia comun es, que este artificio es de muy corta ancianidad; pero no tan corta como quiere Rai, pues acá en nuestra España se hallan muchísimos instrumentos originales, escritos en papel, desde el siglo xiii hasta el presente. Y nuestro grande expositor, el padre don Agustin Calmet, alega un testimonio de san Pedro Venerable, con que se le prueban más de quinientos años de antigüedad. Y aun no pára aquí, pues luégo añade, que se conservan aún algunos menudos fragmentos de la antigua escritura egipciaca en papel semejante al nuestro. De aquí se colige, que este artificio, despues de florecer poco ó mucho en tiempos muy remotos, se sepultó, ocultándose á la noticia de los hombres, y resucitó, más que nació, en los últimos.

§ XXI.

Porcelana.—La fábrica de la porcelana fina se tiene por propia privativamente de la China, pues aunque en varias partes de Europa se procura imitar, aún dista mucho la copia de la perfeccion del original. Jacobo Savari, que en su *Diccionario de comercio* se muestra muy apasionado por la que se fabrica en las manufacturas de Pasi y de San Cloud, cerca de Paris, confiesa, no obstante, su gran desigualdad en la perfeccion del blanco respecto de la de la China. He visto otra muy ponderada de Alemania; pero, hablando con verdad, excede tanto la de la China á ésta, como ésta á la Talavera comun; pero acaso supieron los antiguos europeos inventar lo que no aciertan ni aún á imitar los modernos. Digo esto, porque en las *Memorias de Trevoux* (mayo de 1701) hay una carta de monsieur Clark á monsieur Ludlon, en que, dándole noticia de algunas antigüedades romanas, que se hallaron en el año 1699 enterradas en el condado de Viltonia, en Inglaterra, añade estas palabras: «Dijéronme que en aquellos parajes se hallaban muy frecuentemente vasos de tierra, que exceden en fineza á las más bellas porcelanas de la China.»

Una objecion, pero débil, se me puede hacer para probar que, aún supuesta la verdad de aquel hecho, no se infiere de él que antiguamente fuese conocida y practicada la fábrica de la porcelana fina en Europa. Ésta se funda en la opinion de Julio César Scaligero, Jerónimo Cardano y otros eruditos, los cuales sienten que los vasos murrinos, tan celebrados de Plinio como la más exquisita preciosidad, que gastaron en sus mesas algunos romanos, no constaban de otra materia, ni eran otra cosa, que los que ahora tienen el nombre de porcelana de China. Aquellos, segun el mismo Plinio, venían del Oriente. Luego de esos mismos pueden ser los que se hallaron enterrados en el condado de Viltonia; por consiguiente, este hallazgo no prueba que haya florecido en algun tiempo en Europa su fábrica.

He dicho, y repito, que esta objecion es muy débil, porque del contexto de Plinio consta manifestamente

ser falsa la opinion de Scaligero y Cardano; lo primero, porque Plinio claramente da á entender que estos vasos eran obra de la naturaleza, y no del arte; lo segundo, porque dicen que venían principalmente de Carmania, país hoy comprehendido en la Persia, que dista mucho de la China; lo tercero, porque la descripcion que hace de ellos no muestra la menor semejanza. En fin, porque sienta que los que tenían algo de transparencia eran los ménos estimados, siendo así que la transparencia es quien hace á los de la China más preciosos.

Los que están preocupados de la opinion, vulgarizada por no sé qué relaciones, que los vasos de China no tienen excelencia alguna cuando salen de la mano de los artífices, y la adquieren despues, sepultados en tierra por espacio de cien años, juzgarán que se confirma esto con el descubrimiento de Viltonia, como que unos vasos de un barniz comun hayan logrado tanta perfeccion por haber estado debajo de tierra siglos enteros; pero ya se sabe con toda certeza que es falsa aquella noticia, y que los chinos se rien cuando son preguntados sobre este asunto por algunos europeos. Su porcelana tiene todo el lustre de que es capaz luégo que sale del horno.

§ XXII.

Trompeta parlante.—Finalmente, entre los inventos antiguos, que se juzgan modernos, podemos colocar la tuba stenterofónida ó trompeta parlante (largoy se llama por acá comunmente), instrumento destinado á propagar la voz articulada, de modo que se oye y entiende á mucho mayor distancia que pudiera sin este auxilio. Dícese que el caballero Morland, inglés, la inventó en el siglo pasado. Pero el padre Kircher, monsieur Bordelon y otros autores aseguran que este instrumento fué conocido de la antigüedad; que Alejandro Magno usaba de él para hablar, de modo que fuese entendido de todo su ejército, y congregarle cuando estaba disperso, y que los sacerdotes idólatras le aplicaban al crédito de sus supersticiosos cultos, articulando por él, sin dejarle ni dejarse ver, los oráculos, á fin de que el pueblo tuviese por respiracion de la deidad aquella voz portentosa, que tanto excede á la humana y comun.

§ XXIII.

No sólo fueron precursores nuestros los antiguos en muchos artificios, que se creen inventados en nuestros tiempos, mas tambien inventaron algunos, de cuya construccion no llegó el conocimiento á nosotros, ni por muchas tentativas que se han hecho hemos podido lograr la imitacion. En este número pondrán algunos los espejos ustorios de Arquimedes y Proclo y las lámparas inextinguibles de los sepulcros. Pero yo no tengo arbitrio para hacerlo, habiendo atras condenado por fabulosos uno y otro arcano (1).

(1) En tiempo de Clemente Alejandrino eran conocidos los espejos ustorios convexos, ó que obran por refraccion. Así dice el autor: *Viam excogitat qua lux, que á sole procedit, per vas vitreum aqua plenum ignescat.* (STROMAT., libro vi.)

Tambien en tiempo de Séneca era conocido el microscopio. Así dice este filósofo, libro 1, *Natural. quest.*, capítulo vi: *Littera.*

§ XXIV.

Vidrio flexible.—Del vidrio flexible, que Plinio dice hacia cierto artífice en tiempo de Tiberio, y por mandado del Emperador se destruyó su oficina y todos sus instrumentos (otros añaden que se le quitó la vida al mismo artífice), porque una preciosidad tan exquisita no envileciese los más ricos metales, no sé qué juicio haga. No ignoro que muchos tienen por imposible la flexibilidad del vidrio, fundados en que es incompatible con la transparencia; porque esta, dicen, consiste en la rectitud de los poros, y al doblarse el vidrio, necesariamente habian de perder los poros la rectitud, doblándose con él.

Pero esta razon no me hace fuerza; lo primero, porque hasta ahora no se sabe con certeza la causa de la diafanidad, y el colocarla en la rectitud de los poros no pasa de los límites de opinion; lo segundo, porque es harto difícil reducir á este principio la diafanidad del aire y de la agua; cuerpos que se agitan, hondean y revuelven de todas maneras. Demas que los filósofos modernos suponen ramosas y flexibles las partículas del aire y de la agua, especialmente las del aire es preciso que lo sean; á no serlo, no fuera capaz este elemento de la portentosa compresion y dilatacion, que con infinitos experimentos se han comprobado. Luego la flexibilidad no es incompatible con la transparencia.

Por otra parte, no puede negarse que tiene el vidrio alguna flexibilidad; lo primero, porque es cuerpo sonoro, pues el sonido no puede formarse sin un movimiento de tremor, en que las partículas del cuerpo sonoro se desvian algo de la situacion que respectivamente tienen cuando están quietas, lo cual necesariamente se ha de hacer doblándose algo y deponiendo la rigidez. Lo segundo, porque tiene resorte, pues dos bolas de vidrio, si se encuentran con violencia, retroceden. Para esto es preciso que haya compresion en el choque. Lo tercero, porque se experimenta (como yo lo he experimentado varias veces) que una lámina de vidrio algo corva, comprimiéndose un poco con la mano sobre un cuerpo plano, se blanda tanto cuanto. Finalmente, he leído que en Alemania se hacen ciertas botellas de vidrio sumamente delicadas en el fondo, el cual, soplando ó recogiendo el aliento por la boca de ellas, se dilata hácia

quamvis minutæ, et obscuræ, per vitream pilam aqua plenam, majores, clarioresque cernuntur.

El hidrómetro, instrumento con que se averigua el peso de las aguas potables; esto es, cuál es más pesada ó más ligera, se cree tambien invencion moderna. Pero por una epístola de Sinesio á la docta Hipatia, se evidencia, que se usaba de él más há de mil y doscientos años, con el nombre de *hidroscopio*. Es verdad que algunos en aquella epístola han entendido por la voz *hidroscopio* otra cosa muy diferente. En el *Diccionario de Trevoux* se pretende que signifique un reloj de agua; pero el contexto de la carta, donde se describe el instrumento y su uso, contradice toda otra inteligencia que la expresada. El mismo principio de la carta basta para quitar la duda. Así empieza: *Ita male affectus sum, ut hidroscopio mihi opus sit: «Me hallo tan enfermo ó tan indispuerto, que he menester usar de el hidroscopio.» ¿De qué serviría, ó qué conduciría á un enfermo un reloj de agua? Un hidrómetro sí, segun la comun opinion, que tiene por más sanas las aguas que pesan ménos. Así dice el célebre matemático Pedro Fermat, explicando la carta de Sinesio, al principio de su tomo *Varia opera mathematica*: «Este instrumento servia para examinar el peso*

fuera ó encoge hácia dentro notablemente, haciéndose, ya cóncava, ya convexa, una y otra superficie (1).

Estas razones persuaden que no hay en el vidrio algun estorbo invencible para la flexibilidad; pero en cuanto al hecho, me inclino á que la relacion sea fabulosa; lo primero, porque Plinio se inclina á lo mismo; lo segundo, porque la razon que se dice movió á Tiberio para hacer perecer tan bella invencion, es insuficiente, ó, por mejor decir, extravagante. Siéndoles fácil lograr el fruto para sí solo, iba á ganar mucho en conservarla, y tanto más, cuanto más perdiesen de su estimacion la plata y el oro. Ya veo que los príncipes, como Tiberio, obran muchas veces por capricho, y no por razon; pero rara vez prevalece el capricho cuando es inmediata y derechamente contra el propio interes.

§ XXV.

Mumias egipciacas.—Con más razon deberá tenerse por secreto reservado á la antigüedad aquella confeccion con que los egipcios embalsamaban los cuerpos para preservarlos de corrupcion. Era aquella de mucho mayor eficacia que las que ahora se usan, pues el efecto de estas apenas llega á dos ó tres siglos, y el de aquella se cuenta por millaradas de años. Puede restar alguna duda si el suelo donde depositaban los cadáveres contribuía á su conservacion, pues como hemos advertido en otro lugar, hay terrenos que tienen esta virtud. Y aquí añadiremos haber leído que en las cuevas, donde ha estado depositada cal algun tiempo, se conservan los cadáveres hasta doscientos años.

El asunto que acabamos de tocar nos trae á mano la ocasion de desengañar de un error comun en materia importante. Dase el nombre de mumias á aquellos cadáveres, que hoy se conservan embalsamados por los antiguos egipcios. Bien que lo voz *mumia* ya se hizo equívoca, porque unos entienden en ella el cadáver que se conserva en virtud de aquella confeccion de que hemos hablado, otros la misma confeccion, otros el mixto que resulta de uno y otro; otros, en fin, quieren que esta voz se extienda á aquellos cadáveres, que en las arenas ardientes de la Livia prontamente desecados, ya por el aridísimo polvo en que se sepultan, ya por la fuerza del sol, se conservan siempre incorruptos.

La mumia, tan decantada por médicos y boticarios, y aún mucho más por los que la venden á éstos como eficaz remedio para varias enfermedades, se toma en el segundo ó tercer sentido, en que encuentro alguna variedad, porque el Mathiolo quiere que toda la virtud esté en aquellas drogas con que el cuerpo fué embalsa-

de diferentes aguas para el uso de los enfermos, porque los médicos están convenidos en que las más ligeras son más sanas.» La voz *hidroscopio*, que es tomada de la griega *hidroskopos*, significa lo que en latin *Aquæ speculatio*, que coincide á lo mismo.

(1) Monsieur Reaumur, de la academia real de las Ciencias, reflexionando sobre que el vidrio, cuanto más delgado ó sutil se fabrica, tanto más flexible se experimenta, llegó á discurrir y proponer que se podría formar el vidrio en hilos tan sutiles, que fuesen capaces de tejerse en tela, y así se podría hacer un vestido de vidrio. En efecto, él mismo hizo hilos de vidrio casi tan sutiles como los de las telas de arañas; pero nunca pudo arribar á prolongarlos tanto, que sirviesen para tejido.

mado; Lemerí y otros, en el conjunto y mezcla de uno y otro. Bien que en alguna manera se pueden conciliar las dos opiniones, porque la primera no atribuye su actividad á la confeccion únicamente por los ingredientes de que consta, sino tambien, y principalmente, por los aceites y sales que éstas sorben del cadáver; de modo, que la mezcla de aquellos y éstos forman este celebrado remedio.

El que la mumia, áun siendo legitima, y no contrahecha, tenga las virtudes que se atribuyen, es harto dudoso. Unos dicen que los árabes la pusieron en ese crédito. Gente tan embustera merece poco ó ningun asenso, especialmente si los que acreditaron la mumia hacían tráfico de ella. Otros dicen que un médico judío, maliciosa ó irrisoriamente, fué autor de que estimásemos esta droga. Peor es este conducto que el primero; pero como tal vez sucede lo de *salutem ex inimicis nostris*, la experiencia debe decidir la cuestion. Verdad es que la experiencia, en materias de medicina, pronuncia sus sentencias con tanta obscuridad, que cada uno las entiende á su placer. El célebre Ambrosio Pareo en la experiencia se fundó para condenar ésta droga por inútil.

Pero lo peor que hay en la materia es, que la mumia legitima, esto es, la egipciaca, no se halla jamas en nuestras boticas. Así lo testifican el Mathiolo sobre Dioscórides, y Lemerí, en su *Tratado universal de drogas simples*. Este último dice, que la que se nos vende es de cadáveres, que los judíos, y tambien acaso algunos cristianos, despues de quitarles el cerebro y las entrañas, embalsaman con mirra, incienso, acibar, betun de Judea y otras drogas; hecho lo cual, los desecan en el horno para despojarlos de toda humedad superflua y hacerlos penetrar de las gomas, lo que es menester para su conservacion. Mathiolo ni áun tanto aparato admite en lo que se vende por mumia, pues dice que sólo se prepara con el asfalto ó betun de Judea (de quien tomó nombre el lago Asfaltites) y pez, ó bien con la napa ó pisafalto, que es otra especie de betun muy parecido á la mezcla del de Judea y la pez, por cuya razon éste se llama pisafalto artificial, y aquél natural.

Algunos quieren que áun la mumia, en el último sentido que le hemos dado arriba, tenga sus virtudes. Yo creo que un cadáver desecado por el intenso calor del sol es duplicado cadáver; esto es, destituido, no sólo de aquella virtud que se requiere para las acciones humanas, mas tambien de la que es menester para los ejercicios médicos. Es preciso que el sol haya disipado todos sus aceites y sales volátiles; echados éstos fuera, ¿qué cosa digna de mucha estimacion se puede considerar que quede en aquella tierra organizada? Los cadáveres habian de servir para el desengaño, y los drogistas los hacen instrumentos de la ilusion.

§ XXVI.

Escritura compendiosa.— Finalmente, omitiendo otras cosas de ménos valor, una invencion envidio mucho á los antiguos, la cual se perdió, y no atinó hasta ahora á resucitarla el ingenio de los modernos. Ésta es el arte de escribir con un género de notas ó caracteres, de los cuales cada uno comprendía la significacion

de muchas letras, de modo que el que poseia este artificio podia trasladar al papel una oracion que estaba oyendo, sin faltar una palabra y sin que la lengua dejase atras la pluma. De estas notas tomaron el nombre los que se llamaron entónces notarios, y tenían el ejercicio de escribir cuanto se proferia en los actos públicos legales. Paulo Diacono dice, que Ennio fué inventor de ellas. Plutarco, en la *Vida de Caton el Menor*, atribuye, no sé si la invencion ó la publicacion, á Ciceron, con el motivo de inferir cómo, siendo cónsul, hizo escribir una oracion de Caton, al paso que éste la iba pronunciando en la curia, por unos escribientes, á quienes él ántes habia enseñado el artificio: *Hanc orationem Catonis perhibent unam extare, quod consul Cicero expeditissimos scribas ante docuisset notas quæ minutis et brevibus figuris multarum vim litterarum complectebantur.*

No puedo persuadirme á que aquel artificio consistiese en caracteres que representasen dicciones enteras al modo de la escritura china, de suerte que á cada diccion correspondiese distinta nota. La enseñanza de este género de compendio sería sumamente prolija, por los innumerables caracteres que sería preciso aprender, y despues de aprendidos, pasarían muchos años ántes de lograr hábito de escribir de corrida. Que no era tan difícil la enseñanza ni tan árdua la ejecucion de las notas ciceronianas, se colige, lo primero, del lugar alegado de Plutarco; porque un hombre de las muchas y graves ocupaciones de Ciceron no habia de cargar con la prolongadísima tarea de enseñar á algunos escribientes la formacion y significacion de treinta ó cuarenta mil caracteres distintos. Muchos más tienen los chinos; y así, apenas en tan vasto imperio se halla alguno que sepa escribir ó leer con perfeccion, bien que son muchísimos los que toda la vida ocupan en este estudio. Colígese, lo segundo, de que el glorioso mártir san Casiano, segun refiere el poeta Prudencio, enseñaba á los niños este modo compendiario de escribir. ¿Cómo podia ser capaz la infancia de tomar de memoria y hacer la mano á tanta multitud de notas, cuando para escribir con veinte y cuatro caracteres solos se gastan en aquella edad uno ó dos años? Lo tercero, de que el mismo Prudencio da á entender que esta escritura compendiosa, ó en todo en parte, consistía en unas notas minutísimas, á quienes da el nombre de puntos. Si el número de los caracteres fuese tan grande, no podían ser todos tan menudos, siendo preciso para tanta variedad multiplicar en cada uno los rasgos.

*Verba notis brevibus comprehendere cuncta peritus
Raptimque punctis dicta præpetibus sequi.*

Por la misma razon, y áun mucho más fuerte, no se puede imaginar que aquellas notas fuesen representativas de las diferentes combinaciones posibles de las letras del alfabeto comun. Estas combinaciones (áun hablando sólo de las pronunciables y de las que pueden caer en dos ó tres sílabas) hacen una multitud indecible, y exceden muchísimo en número á todas las voces que puede tener el más copioso idioma que haya en el mundo.

Tampoco se puede asentir á que el artificio consistiese en multiplicacion de las que llamamos abreviaturas. Algunos modernos hicieron por este camino sus tenta-

tivas, de que se pueden ver ciertos ensayos en el padre Gaspar Schöt; pero este método es insuficientísimo para lograrse por él aquella gran velocidad en escribir, de que hemos hablado. Por más que se multipliquen las abreviaturas, lo más que se podrá lograr será el aliorro de una tercera parte del tiempo que se gasta en la escritura comun, y aunque se ahorrase la mitad, no podría la pluma más veloz seguir la lengua más tarda. Así, yo concluyo que el método de los antiguos era alguna ingeniosísima invencion que distaba mucho de los tres modos expresados, los cuales, á la verdad, son de fácil invencion en la teórica, y inútiles ó imposibles en la práctica (*). Así, me parece que no debemos lisonjearnos mucho con aquella jactanciosa decision, ocasionada de la invencion de los logaritmos, *sapientiores sumus antiquis*, pues cualquiera, á poca reflexion que haga, conocerá que es, sin comparacion, obra más ardua abreviar tan portentosamente la escritura que buscar algun atajo á pocas reglas de aritmética (1).

§ XXVII.

Pero la más eficaz apología de los antiguos, en el asunto que vamos siguiendo, no consiste en noticias recónditas, sacadas con prolija letura de los libros, sino en lo que está patente á los ojos de todos, aunque apenas hay alguno que lo observe. Extiéndase la vista por todas las artes factivas, útiles ó necesarias á la vida humana. En todas se hallarán innumerables é infalibles monumentos de la ingeniosa inventiva de los antiguos. Apenas hay arte, cuya invencion no pida un genio sumamente elevado sobre el comun de los hombres. Por eso los gentiles creían ser autores inmediatos de todos sus dioses. Quanto los modernos han discurrido sobre aumentar y perfeccionar cualquiera de ellas, no iguala, ni con mucho, la excelencia de aquella ideal especulacion con que se trazaron sus primeros rudimentos. Tanto es más admirable en las obras del arte la invencion que la perfeccion, cuanto en las de la naturaleza la generacion que la nutricion. Si se me preguntase cuál es lo más grande de cuanto hay en el mundo sublunar y visible, respondería que lo más grande es lo más pequeño. Dígolo por las semillas. Estos átomos de cantidad son montes de virtud. Los filósofos modernos niegan á todas las causas segundas actividad para engendrar semilla alguna. Sin duda que contemplando tan admirable obra, les pareció correspondiente únicamente á la infinita virtud de la primera causa. Lo que en la naturaleza las semillas, son en el arte los primeros rudimentos. Allí está contenido en virtud cuanto despues la fatiga de los que van añadiendo aumenta de extension.

(* La experiencia está demostrando que el PADRE FEIJOO se equivocaba en esto, pues la taquigrafía moderna consiste principalmente en abreviaturas y enlaces de las sílabas. (V. F.)

(1) La arte de hablar con la mano, figurando en la vária inflexion y posituras de los dedos las diferentes letras del alfabeto, es invencion que comunmente se tiene por bastantemente nueva. Algunos la reconocen algo antigua, atribuyéndola al venerable Beda. Pero de Ovidio consta que es mucho mayor su antigüedad. Suyo es el verso:

Nil opus est digitis, per quos arcana loquaris.

Contemplemos aquella arte en quien más sudó el discurso de los hombres para darle seguridad y perfeccion: digo la náutica: toda está llena de maravillas del ingenio humano. Sin embargo, ninguno de cuantos trabajaron gloriosamente en asunto tan útil, me admira tanto como aquel, que para caminar sobre la inconstancia de las aguas, dirigiendo con certeza el curso al término deseado, discurrió el uso del esquife y del remo. Para los créditos del artífice ideante, más obra fué la primera góndola que hubo en el mundo, que la mayor nave de cuantas surcaron despues el Océano. ¿Y qué diré de el que inventó las velas, haciendo con ellas servir los ímpetus de un elemento contra la indomable fuerza de otro? Ya há cerca de tres mil años que la industria humana habia hallado, en remos y velas, piés y alas para caminar y para volar sobre las ondas; pues Dédalo, que se cree inventor de las velas, por cuya razon la fábula le atribuyó el artificio de volar, se supone anterior á la guerra de Troya.

Aun en los instrumentos de las artes más vulgares, ó en los instrumentos más vulgares de las artes, se halla sobrado motivo para celebrar la inventiva sagacidad de los antiguos. No sólo la sierra, el compas, la tenaza, el barreno, el torno, me parecen partos de una invencion ingeniosísima; mas tambien en la garlopa, el martillo, el clavo, las tijeras, hallo qué aplaudir. Nada de esto se celebra comunmente. La frecuencia y ancianidad del uso engañosamente usurpan á las cosas el aplauso merecido, porque los hombres, no siendo muy reflexivos, nada juzgan excelente si no trae consigo la recomendacion de nuevo ó de raro. Si cualquiera de aquellos instrumentos se inventase ahora, sería el autor considerado como un hombre prodigioso. De Dédalo, aquel celebradísimo artífice de estatuas autómatas, se cuenta que mató alevosamente á Thalao, sobrino y discípulo suyo, porque éste inventó la rueda del ollero y la sierra; previendo, que un ingenio de tan altas muestras enteramente habia de ofuscar su gloria. Tuvo sin duda por obra de más discurso inventar aquellos instrumentos, que hacer mover por sí mismas como vivientes las cosas inanimadas.

§ XXVIII.

Letras, escritura.— Finalmente, la más ilustre gloria de la antigüedad consiste en habernos dado el más noble, el más útil, el más ingenioso artificio entre cuantos salieron á luz en la dilatada carrera de los siglos. Hablo de la invencion de las letras del alfabeto, este sutilísimo arte de la escritura, que, como canta un poeta frances,

Las voces pinta, y habla con los ojos.

¿Quién creyera, ántes de verlo, que era posible un arte, en virtud de la cual los ojos suplían con ventajas el oficio natural de los oídos? ¿Un arte que dé eterna permanencia á la volátil inconstancia de la voz? Un arte que haga hablar piedras, troncos, cortezas de árboles, pieles de brutos, hebras de lino despedazadas? ¿Un arte, por quien sea más elocuente la mano que la lengua? ¿Un arte, con la cual un hombre, sin salir de su

aposento, haga entender sus pensamientos en todo el ámbito del mundo? ¿Un arte, por quien, sin hablar con nadie de cerca, se hable con cualquiera desde España á la China? ¿Un arte, por quien se pueda decir, que se sabe todo lo que se sabe? pues sin el subsidio de la escritura, órgano de todas las ciencias, ¿qué hubiera en el mundo, sino ignorancias?

Esta invencion prodigiosa nos dejó la antigüedad, y antigüedad tan remota, que ocultándose á los más ancianos monumentos, se ignora en qué siglo salió á luz este gran parto. Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia, trajo las letras y uso de la escritura á la Europa, más de mil y cuatrocientos años ántes de la era cristiana. Ésta es la sentencia más corriente; pero los mismos autores de ella suponen que no fué Cadmo el inventor, sino que ya las letras estaban introducidas entre

los fenices, y que esta nacion fué la patria de tan ilustre arte. Así Lucano:

*Phanices primi (fama si credimus) ausi
Mansuram rudibus vocem signare figuris.*

Filon Judío, á quien siguen otros, dice, que no fueron los fenices inventores, si que Moisés, pasado el mar Bermejo, llevó consigo las letras á Fenicia. Otros suben hasta Abraham, y áun entre éstos hay su division, pretendiéndose por una parte que este patriarca haya sido autor de las letras; por otra, que las haya tomado de los asirios. En fin, esto es inaveriguable, y sólo está averiguado, que la invencion de las letras pertenece á aquellos distantisimos siglos en que se imagina que no habia en el mundo más que una rudísima torpeza; de donde se infiere, que los hombres siempre fueron unos; esto es, siempre racionales.

GLORIAS DE ESPAÑA.

PRIMERA PARTE.

§ I.

Testifica Abraham Ortelio haber leído en unos fragmentos de Salustio, que en los antiguos tiempos, cuando la juventud española se preparaba para salir á la guerra, sus madres les recordaban los valerosos hechos de sus padres, para encender sus marciales espíritus á la imitacion de sus mayores. Así servian á la defensa de la patria uno y otro sexo, el fuerte con el ejercicio, el débil con el influjo.

Aquel ejemplo me he propuesto seguir en este discurso, cuyo asunto es mostrar á la España moderna la España antigua; á los españoles que viven hoy, las glorias de sus progenitores; á los hijos, el mérito de los padres; porque, estimulados á la imitacion, no desdigan las ramas del tronco y la raíz. Dé leccion un siglo á otro siglo. En el mismo clima vivimos, de las mismas influencias gozamos que nuestros antepasados. Luego cuanto es de parte de la naturaleza, la misma índole, igual habilidad, iguales fuerzas hay en nosotros que en ellos, y acaso superiores á las de otras naciones. Lástima será que cedamos á éstas en el uso, haciendo excesos en la facultad.

El caso es, que el vulgo de los extranjeros atribuye en nosotros á defecto de habilidad, lo que sólo es falta de aplicacion. Regulan á España por la vecindad de la África. Apénas nos distinguen de aquellos bárbaros, sino en idioma y religion. Nuestra pereza, ó nuestra desgracia, de un siglo á esta parte, ha producido este injurioso concepto de la nacion española; error que el debido afecto á la patria me mueve á impugnar, y es justo salga á este Teatro, por tan común.

Probarán la justicia de nuestra causa los hechos de los españoles y los dichos de los extranjeros. Digo de aquellos extranjeros, que por haber existido ántes que entre nuestra nacion y las suyas naciese la emulacion,

carecieron del mayor estorbo que tiene contra sí la verdad. En cuanto á los hechos de los españoles, será preciso proponer sólo como en bosquejo los más insignes, pues no hay campo para mostrar, ni áun reducidas al más compendioso epítome, tantas historias. Haremos lo que los geógrafos, que para dibujar region grande en poco lienzo, sólo apuntan con breves caracteres las poblaciones mayores.

§ II.

España, á quien hoy desprecia el vulgo de las naciones extranjeras, fué altamente celebrada en otro tiempo por las mismas naciones extranjeras en sus mejores plumas. Ninguna le ha disputado el esfuerzo, la grandeza de ánimo, la constancia, la gloria militar, con preferencia á los habitadores de todos los demas reinos. Tucídides testifica, que eran los españoles, *sin controversia, los más belicosos entre todos los bárbaros*. Donde se advierte, que los griegos, cual lo era Tucídides, llamaban bárbaros á todos los que no eran de su país ó no hablaban su idioma; lo que practicaron también los romanos. Así, esta voz no era injuriosa entre ellos, como hoy lo es entre nosotros, porque bárbaros significaba extranjeros, y nada más. Por eso Ovidio decia de sí, que era bárbaro entre los getas, porque nadie entendia allí su lenguaje: *Barbarus híc ego sum, quã non intelligor ulli*. Diodoro Siculo, tanto á la caballería como á la infantería española concede ventajas, así en la fuerza para el combate como en la tolerancia para las incomodidades de la guerra. Justino celebra los ánimos españoles por intrépidos para la muerte y amantes de las fatigas militares; lo que Silio Itálico con más fuerte encarecimiento aplica á los gallegos, afirmando, que éstos tenían por ocupacion indigna de hombres todo lo que no era manejar las armas en la campaña.

Segne viris quidquid sine duro Marte gerendum est.

Cito á este autor, aunque español, segun la opinion más probable, que le hace natural de Sevilla; porque respecto de Galicia, para cuyo elogio le alego, bien indiferente es un andaluz. Estrabon, que es harto extranjero, pues fué oriundo de Creta y nació en Capadocia, confirma el dicho de Silio Itálico, llamando á los gallegos gente sumamente guerrera y dificultosísima de conquistar: *Bellacissimi et subjugatu difficillimi*.

Volviendo á los españoles en general, Livio los llama *gente fiera y belicosa*. Y en otra parte advierte, que es nuestra nacion la más apta, *entre cuantas tiene el mundo*, para reparar las ruinas de la guerra, no sólo por la oportunidad de los sitios, más también por el genio é ingenio de los naturales. Dionisio Afro le da el atributo de *magnánima*. Tibulo, de *atrevida*. Lucio Floro, de *guerradora*, de *noble en armas y varones fuertes*, y lo que es más que todo, la apellida *maestra del grande Anibal* en la profesion militar; elogio, en quien si quisiésemos alargar la pluma, se nos abria espacioso campo á magníficas declamaciones. Pero no es menor el de Vegecio, el cual confiesa, que exceden en fortaleza los españoles á los romanos.

No hacen ménos justicia á España los extranjeros de los tiempos posteriores. Celio Rodiginio, despues de referir cómo habiendo Porcio Caton despojado de las armas á los españoles que habitaban de la otra parte del Ebro, muchos, de sentimiento, se quitaron voluntariamente la vida, añade, que es propio de la ferocidad española despreciar la vida, faltándole el uso de las armas. El Guicciardino asegura, que los experimentos de su tiempo mostraban, que el valor español, especialmente de la infantería, correspondia exactamente á la antigua fama de la nacion, y que generalmente ninguna hay que la exceda en agilidad é industria para los sitios de plazas fuertes. Felipe Cluverio confirma, que no en uno ú otro siglo, sino siempre y en todos tiempos, es España fecundísima en la produccion de espíritus marciales.

§ III.

No deberian quedar enteramente satisfechos los españoles, si los extranjeros no les concediesen otra prerogativa que la ventaja de las armas, ya porque es muy limitado elogio el que se ciñe á sola una prenda, ya porque la osadía del corazón, la intrepidez en los peligros de la guerra, separada de otras cualidades nobles que ilustran la naturaleza racional, no es tan propia de hombres como de brutos, y más debe llamarse ferocidad que valor. La bizarría con que se expone la vida á los mayores riesgos no subsiste sino en dos extremos muy distantes. Si proviene de un ímpetu ciego, degenera en irracionalidad; si nace de celsitud de ánimo, constituye aquel grado eminente y como sobrehumano, que llamamos heroismo. No hay medio. La animosidad intrépida para entrarse, ya por los rigores del acero, ya por los horrores de la pólvora, ó eleva al hombre sobre los hombres, ó le coloca entre los brutos. Para discernir á qué clase pertenece el que es soberanamente osado, se ha de atender al carácter de su espíritu y al motivo que le alienta. El que en el trato común es intratable, altivo, ardiente, feroz, desapacible,

da motivo para creer que lo que en él se llama valor no es sino fiereza. Áun en los empeños más justos no obra por impulso de la razon, sino en virtud de un movimiento maquinario, que le determina á todo género de arrojos. Busca en los peligros de la guerra el desahogo de su propio genio, no la defensa de la religion ó la patria. Al contrario, en el de índole grave, benévola, apacible, urbana, se debe juzgar, que cuanto esfuerzo muestra en la campaña es hijo legítimo de la virtud de la fortaleza, y que, dueño de sí mismo, acomoda sus acciones al teatro y ocasion en que se halla.

La pintura que hacen del genio español las plumas extranjeras representa en él todos aquellos nobles atributos, que hermoseando la parte racional, dan á su valentía todo el lustre de un virtuoso y verdadero valor.

Abraham Ortelio (en el mundo antiguo, sobre el mapa de España), recogiendo los dichos de varios autores, atribuye á los españoles, entre otras excelencias, la de liberales, benignos, obsequiosos con los forasteros, en tanto grado, que con honrada emulacion compiten entre sí sobre servirlos y agasajarlos. ¡Oh heroicidad y discrecion española! Esto es saber distribuir segun las oportunidades el uso de las virtudes, y distinguir en los extranjeros la cualidad de enemigos de la substancia de hombres. Cuando éstos con mano armada acometen sus confines, no encuentran en los españoles sino ira, furor, coraje, hierro y fuego. Cuando pacíficos y desarmados quisieren pasear nuestra península, todo es experimentar humanidad, cariño, bizarría.

El mismo autor dice, que era costumbre de los españoles entrar cantando en las batallas: *Prælia aggrediuntur carminibus*. Corazones igualmente despejados de los temblores del susto, que de los atropellamientos del arrojito, emprendian festivos la defensa de la patria, mezclando el aprecio de la gloria con la desestimacion del riesgo.

Paulo Merula celebra el amor de los españoles á la justicia, la integridad y vigilancia de nuestros magistrados en la administracion de ella, sin respeto á acepcion de personas; añadiendo, que por la severa y cuidadosa aplicacion de los jueces, son muy raros ó ningunos en España los latrocinios. Es cierto que no podemos gloriarnos hoy de la dicha de que haya pocos ladrones en España. Mas no por eso deberémos quejarnos de la omision de los jueces, sino de nuestras culpas, que han merecido á la severidad divina la permission de la multitud de latrocinios, entre otros muchos azotes. Es práctica común de la Justicia soberana usar de los delincuentes como instrumento para castigar á otros delincuentes.

Justino recomienda en sumo grado la honradez española en la fiel custodia de los secretos que se le confían, diciendo ser muy frecuente en los nuestros rendir la vida en los tormentos por no revelar las noticias que han adquirido en confianza: *Sæpè tormentis pro silentio rerum immortalium: adeo illis fortior taciturnitatis cura quam vitæ*.

La fidelidad de los españoles en la correspondencia del comercio se halla altamente acreditada con la experiencia que tanto tiempo há hacen de ella los comerciantes extranjeros, valiéndose de los nuestros para